

tanto, a aquel lector que ya conoce bien el pensamiento aristotélico y que desea profundizar más en este autor.

UTE SCHMIDT OSMANCIK

Herbert Marcuse y Jürgen Habermas, *Teoría y Política*. Valencia, España: Cuadernos de la Revista Teorema, 1980; 73 pp.

Este cuaderno constituye la traducción de un diálogo que H. Marcuse sostuvo con Jürgen Habermas, Heinz Lubasz y Tilman Spengler, en Starnberg, Alemania, en 1977. El protagonista central es, por supuesto, Marcuse, y Habermas su interlocutor principal. Los otros personajes son claramente secundarios. El propósito del diálogo era cuestionar críticamente al filósofo sobre el desarrollo de sus ideas. Dado que Marcuse falleció en 1979, puede decirse que sus respuestas son la exposición de sus últimos pensamientos, así como la defensa y evaluación final de su obra. Por tal razón, en esta reseña nos concretamos a exponer los puntos de vista que expresó en dicha ocasión.

En la primera de las cinco partes, Habermas lo interroga acerca de su biografía intelectual. Marcuse expone, en particular, su paso del mundo mental heideggeriano al marxismo. Aunque su posición política había sido revolucionaria desde 1919, filosóficamente saludó la publicación de *El ser y el tiempo*, en 1927, como la aparición de una filosofía concreta que contrastaba con las abstracciones del neokantismo y el neohegelianismo imperantes. Pero en 1932, al descubrirse los *Manuscritos de economía y filosofía*, Marcuse encontró un nuevo Marx realmente concreto y, como dice, “a partir de ese momento, el problema Heidegger-Marx dejó de ser para mí un problema”.

Marcuse narra después cómo ingresó en 1932 al Instituto de Investigación Social en la Universidad de Frankfurt. Allí entró en contacto con Horkheimer y Adorno, los integrantes de lo que ha llegado a conocerse como la Escuela de Frankfurt.

Marcuse afirma que uno de los impulsos más fuertes que recibió en esa época en el Instituto fue el estudio sistemático de Freud. Aunque Marcuse afirma que Fromm se alejó del Instituto por castrar la teoría de Freud y que fue “uno de los primeros en eliminar los elementos explosivos de la teoría de Freud”, Habermas le pregunta si no está siendo injusto con la aportación de Fromm al surgimiento de la Teoría Crítica. Marcuse reconoce que Habermas tiene razón y que fue el “primer Fromm”, el Fromm hasta *El miedo a la libertad* (1941), quien desde finales de los años 20 intentó desarrollar

una psicología social marxista consistente en una mediación entre Marx y Freud.

En el interrogatorio se nota el interés de Habermas por saber si los miembros del Instituto, una vez instalados en Nueva York, tuvieron contactos con grupos políticamente organizados, si había alguna relación entre la teoría y la práctica política. Marcuse es enfático al señalar que las actividades políticas estaban prohibidas en el Instituto y que ningún miembro se dedicó a la actividad política. En respuesta a los rumores de que después de la guerra, cuando Marcuse volvió a Alemania como oficial del Ejército americano, actuó como agente de la CIA, aclara que trabajó para la OSS y para la sección de inteligencia del Departamento de Estado identificando grupos que pudieran colaborar en la reconstrucción y grupos a los que debía pedirse responsabilidades como nazis. Añade que la OSS era enemiga de la CIA, por lo que el rumor es una necedad.

Aunque se nota que el interés de Habermas al preguntar es “eliminar tal necedad” y exonerar a Marcuse, al lector le queda la duda de por qué Marcuse aceptó trabajar como oficial del ejército americano y en esos programas.

La segunda parte del diálogo versa sobre los fundamentos antropológicos de la teoría social de Marcuse. Habermas comienza por enfrentar al filósofo alemán con citas, tomadas de sus propias obras, acerca de la esencia y la naturaleza del ser humano como fundamento de la praxis política revolucionaria, fundamento que va más allá de la lucha de clases. Le pregunta entonces cómo puede conciliarse esto con la tesis marxista de la mutabilidad de la naturaleza humana. Marcuse responde conciliatoriamente diciendo que la naturaleza humana es “invariable en el sentido de que siempre le subyace el conflicto entre eros y tánatos”, pero que este conflicto se desarrolla en formas históricamente variables.

Las páginas siguientes contienen una discusión en la que Marcuse defiende la tesis de que la revolución debe producir al hombre nuevo, un hombre cuya estructura pulsional erótica aumente de modo tal que someta a la energía destructiva, provocando un salto cualitativo en que las relaciones humanas queden pacificadas y abiertas a la felicidad. Habermas parece defender, a su vez, la tesis de que la revolución socialista democrática hará superflua la deformación de las estructuras de la personalidad. Marcuse insiste en que la estructura psíquica de los hombres puede echar a perder la revolución y que en el capitalismo tardío la manipulación de la estructura pulsional es una de las más importantes. Aunque no llega a decirlo, parece implicar que sólo hombres en cuya estructura psíquica predomine el eros serán capaces de conseguir una revolución radical. Al respecto conviene leer las escalofriantes páginas en que Fromm

(*Anatomía de la destructividad humana*, 1974) analiza la personalidad de José Stalin.

La discusión continúa cuando Marcuse afirma que hay dos juicios de valor que le parecen evidentes, al grado de que, si alguien no los acepta, entonces ya no es posible la discusión: 1) es mejor vivir que no vivir; 2) es mejor tener una buena vida que una mala. Ambos son parte del concepto de razón. Habermas, por su parte, cree que no son más que fórmulas vacías que cada quien puede rellenar a su gusto (el argumento clásico de los positivistas de los años treinta), y opta por un procedimiento muy semejante al de John Rawls (sin mencionarlo), sosteniendo que deben encontrarse reglas a las que todos asentarían en una situación dada. Mientras que Marcuse tiende a colocar la racionalidad en una dinámica entre los principios de realidad y de placer que aspire a emancipar la energía erótica, Habermas tiende a colocarla en la formación libre de una voluntad general.

En la sección dedicada a la teoría del arte de Marcuse, la cual culmina en su último libro, *Die Permanenz der Kunst*, se encuentra más bien una exposición de sus nuevas ideas que una discusión. Marcuse afirma que el arte significa una ruptura con la realidad cotidiana; que persigue la subversión de la experiencia cotidiana, de la conciencia y del inconsciente. La obra de arte no obedece a las normas del principio de realidad existente. En consonancia con sus ideas políticas, Marcuse expresa que la verdad estética consiste en la liberación con respecto al principio de realidad mediante la conformación de una dinámica en la que el eros vence finalmente al tánatos, y pone como ejemplo de ello la Gran Fuga de Beethoven. "De la íntima conexión entre eros y belleza en la obra de arte deriva la verdad del arte, el imperativo: 'Debe haber paz, plenitud, felicidad'." Interrogado por Habermas acerca del fundamento de los contenidos normativos, responde que "los contenidos normativos estarían fundados en la naturaleza del eros, en el hecho de los impulsos en su dinámica".

En el brevísimo capítulo dedicado a la relación entre filosofía y ciencia, Marcuse, un tanto a la defensiva, reconoce que la filosofía en general y la Teoría Crítica en particular no son un conocimiento totalmente autónomo frente a las ciencias particulares, a cuyo desarrollo están ligadas, aunque de una manera "no muy profunda y radical".

En la parte final, consagrada a las cuestiones actuales de filosofía y política, Habermas plantea el problema de la falta de destinatarios de la Teoría Crítica. Su destinatario natural, el proletariado, se ha aburguesado en gran parte. Marcuse contesta que habrá que contar con grupos que apenas figuraban en la primitiva teoría de Marx:

los marginales tales como los estudiantes, las minorías raciales y nacionales oprimidas; las mujeres, que son más bien una mayoría, etcétera. Son, sin embargo, sólo grupos catalizadores y no los sujetos propios de la revolución. El criterio para encontrar estos grupos no es ya puramente económico, sino el de la opresión. Habermas pregunta si esto no implica una revisión de la teoría marxista más radical que la que Marcuse parece sugerir. Vale la pena citar íntegramente la respuesta: "... el verdadero punto de prueba de la teoría de Marx [es] ¿cuánto tiempo va a durar la estabilización del capitalismo? ¿Se agudizarán realmente las tensiones internas... o logrará el capitalismo consolidarse por un periodo de tiempo *pre-visible* sobre la base de un reforzado imperialismo político y económico, incluso tal vez con China y la URSS como mercado? Si *esto* ocurriera, entonces los dominadores pueden dormir tranquilos durante algunos siglos. Pues no habrá ninguna revolución."

El opúsculo aquí reseñado tiene interés por algunas de las ideas que expresa Marcuse, quién no retrocede ante los cuestionamientos críticos de sus discípulos. A pesar de su filiación marxista, se mostró siempre como un pensador abierto y fue quizá la influencia de Freud la que más contribuyó al enriquecimiento de sus teorías.

JAVIER ESQUIVEL

V. H. Klenk, *Wittgenstein's Philosophy of Mathematics*. The Hague: Martinus Nijhoff, 1976; 126 pp.

Este libro tiene un mérito incuestionable: incita a leer a Wittgenstein. Se trata de una presentación sintética de su pensamiento en torno a cuestiones como la naturaleza de las matemáticas, el *status* de las proposiciones matemáticas, el carácter de la inferencia, la comprensión matemática, las relaciones entre la matemática y el mundo, las relaciones entre las matemáticas y la lógica, etcétera. El autor muestra de manera clara en qué consiste la originalidad de las respuestas de Wittgenstein a las diferentes cuestiones —respuestas que al ser ordenadas y agrupadas conforman una concepción sumamente original de las matemáticas, la cual, al ser equiparada con otras, se distingue por su carácter explicativo. Podría inclusive pensarse, al leer el libro de Klenk, que en este caso Wittgenstein, a diferencia de lo que acontece con sus ideas en otros ámbitos de la filosofía, *realmente* resuelve problemas. La "solución" se efectúa, obviamente, a su manera, esto es, como disolución de mitos y prejuicios filosóficos.

El libro está dividido en tres capítulos. El primero se titula "Witt-